

el dios del mal y del infierno sería menos cruel que el «dios de bondad»<sup>1</sup>. «¡Pongámonos en manos del diablo y estaremos mejor!» En cuanto á los sutiles doctores, á los tímidos y á los delicados á quienes la oración y el sufrimiento habían reducido á la supresión de toda voluntad, no tenían más recurso que la resignación extática y leían la *Imitación de Jesucristo*.

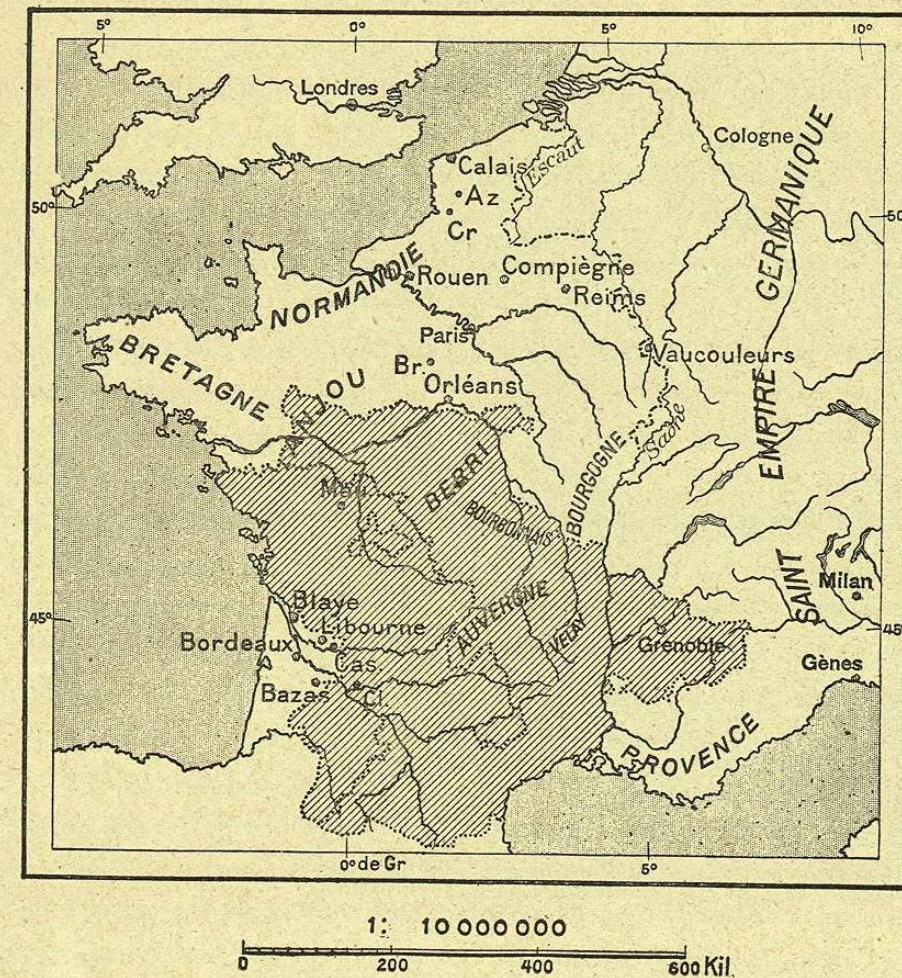
¿De dónde podía venir la salvación? El pobre pueblo hubiera querido dejarse guiar todavía por los señores, que de tan extraño modo le habían defendido en los campos de batalla, pero los nobles se hallaban casi todos en los campos extranjeros; no le quedaba más recurso que «hacer jacquería» contra los Ingleses, como lo había hecho más de una vez contra los nobles; la desesperación le aconsejaba todas las locuras, y por ella se precipitó siguiendo á una pastora inspirada. Era insensato, decían los hombres de guerra, pero esa insensatez libertó á Francia. A lo menos por cierto tiempo la lucha dejó de ser un torneo de caballería, y las mujeres y los campesinos se lanzaron á ella con toda sinceridad, sirviéndose de las armas que poseían y que supieron manejar con más fuerza y destreza que los hijos de los paladines supieron manejar las suyas. La fortuna cambió de partido, y unas después de otras, las ciudades amuralladas y las provincias fueron tomadas á los Ingleses. Por un magnífico ejemplo, el pueblo de los oprimidos y de los vencidos demostró que podían prescindir de los reyes cubiertos de bordados de oro y de prelados magníficos; y resultó que por un instinto seguro de interés de clase, el rey Carlos VII abandonó á Juana de Arco que le había coronado (1429), y los prelados, con el arzobispo á la cabeza, la acusaron de brujería y de pacto con el diablo, y la quemaron en una plaza de Ruan (1431). Los mismos que en nuestros días continúan la tradición conservadora de la monarquía y de la Iglesia se esfuerzan ahora por colocar á Juana la Pastorcilla en el rango de «Santa». Después de un medio milenio, el arrepentimiento es tardío.

La intervención directa del pueblo en sus propios asuntos reconquistó gradualmente el territorio nacional. París fué devuelto á

<sup>1</sup> *Journal d'un Bourgeois de Paris*, año 1421, citado por Raoul Rosières, *Recherches critiques sur l'Histoire religieuse de la France*, ps. 411 y siguientes.

Francia en 1436, y los Ingleses que mandaba Talbot hicieron en Castillon (1453) sus últimos esfuerzos de resistencia, seguidos bien pronto

N.º 346. La Francia de la guerra de Cien años.



El territorio rayado es el que obedecía al rey de Francia en el momento en que Juana de Arco se presentó á Carlos VII.

Al principio de la guerra de Cien años, los Ingleses no poseían más que la Guyena y el Ponthieu (véase mapa n.º 335, p. 103). Desde sus victorias de Crecy (Cr.) y de Poitiers (Mau.) hasta la paz de Bretigny (Br.), en 1360, su dominio se extendió desde el Poitou en el Armagnac hasta la línea puntillada. En la segunda parte de la guerra, después de la campaña de Du Guesclin y Azincourt (Az.), los Franceses recuperaron gran parte de la Francia del Sud-oeste, pero casi todo el Norte pertenecía á los Ingleses.

de la sumisión de Burdeos, que vió la resistencia inútil. Las dos plazas de Calais y de Guines fueron las únicas que quedaron en poder



de Inglaterra, porque se hallaban enclavadas en territorio burguín.

De una parte y de otra era completo el agotamiento de los pueblos. No hay duda que habiendo tenido lugar sobre el territorio francés las expediciones, las maniobras y las batallas, en él causaron los mayores males la miseria y el hambre; pero si la guerra de Cien años no asoló directamente el suelo de Inglaterra, la situación de los vencedores no fué mucho menos miserable que la de los vencidos. En primer lugar los Ingleses sufrieron mucho por el brusco desembarco de piratas normandos, bátavos, árabes ó turcos, no sólo en tiempo de guerra, sino también en tiempo de paz. A pesar de la vigilancia de los ribereños, pocas ciudades de la costa inglesa, desde Bristol y Plymouth hasta Berwick, se libraron del incendio y del saqueo: las islas de Wight y de Thanet, mal socorridas por las gentes de la gran tierra, fueron despobladas casi por completo, y entre las ciudades destruídas por los piratas franceses, las hay que no han reparado todavía sus desastres; por ejemplo, sobre la costa de Kent, la ciudad marítima de Sandwich, muy importante en otro tiempo. Se abandonó la conservación de los caminos que conducían desde los puertos de mar al interior, por temor que los utilizaran los corsarios; los habitantes de Salisbury, á pesar de hallarse á 40 kilómetros del mar en línea recta, elevaron una gran muralla y cavaron un ancho foso en derredor de su ciudad, para defenderla de los peligrosos visitantes.

En todo el país, el empobrecimiento causado por el peso de los impuestos y de las servidumbres, por la partida de los jóvenes y el cese de la industria y del comercio, tuvo por consecuencia el hambre; en muchos puntos las mujeres se comieron sus hijos; los ladrones encerrados en las prisiones esperaban con impaciencia que les trajeran otros criminales para arrojarse sobre ellos y devorarlos todavía palpitantes. Desaparecieron en gran parte los animales domésticos, robados por los vagabundos ó muertos de inanición; en algunos distritos no quedaron bueyes, vacas ni gallinas; hasta las abejas murieron por la pestilencia. Los animales rapaces y de presa se negaban á comer la carne de los animales putrefactos: fué preciso designar enterradores especiales para enterrar todas esas materias en descomposición. Hasta las plantas nutricias estaban enfermas, y las

«hierbas medicinales, dice un autor de la época, destilaban veneno»<sup>1</sup>.

La peste reinaba también sobre los hombres, y esa peste en realidad no era más que otra forma de la miseria. Para los desgraciados campesinos, 1348, á la batalla de Crecy siguió el año fatal por excelencia, pues-

to que los analistas refieren que más de una mitad de la población desapareció por el azote: se borraron ciudades de la tierra sin que de ellas quedase recuerdo; en algunas ciudades, como Norwich, más de las tres cuartas partes de los habitantes sucumbieron á la «muerte negra». El clero sufrió aún más que los laicos: en una sola diócesis, la de Norwich, hubo necesidad de ocupar 863 plazas vacantes de «rectores», ordenando laicos precipitadamente por la única razón de que sabían leer, ó por-

que, habiendo quedado viudos, podían pronunciar el voto de celibato. Las pestes sucesivas causaron menos mal, porque ya se había hecho el vacío ante la muerte; pero se produjeron frecuentes reapariciones de la epidemia, como incendios que renacen de un hogar mal apagado.



Cl. J. Kuhn, edit.

ESTATUA DE JUANA DE ARCO EN VAUCOULEURS  
DONACIÓN DE LUIS XI

Veinticinco años después de la muerte de Juana, en 1456, fué revisado su proceso y rehabilitada su memoria en Ruan.

<sup>1</sup> Trokelowe; — W. Denton, *England in the fifteenth Century*, ps. 85 y siguientes.



Se evaluaron en general en una veintena de asaltos los ataques de la peste que se renovaron durante el final del siglo XIV y parte del siglo XV, pero mejor puede decirse que la enfermedad no cesó en todo ese período con mayor ó menor violencia. Las relaciones de ciudad á ciudad estaban interrumpidas: en 1406 el rey Enrique IV estuvo en peligro de ser capturado por unos piratas, porque, no osando atravesar Londres, se había aventurado sobre el bajo Támesis para ir desde el Kent al Essex, siendo capturada una parte de su convoy. Se suprimió la ceremonia del besamanos porque el vasallo temía contaminar sus labios y el señor temía entregar su mano<sup>1</sup>.

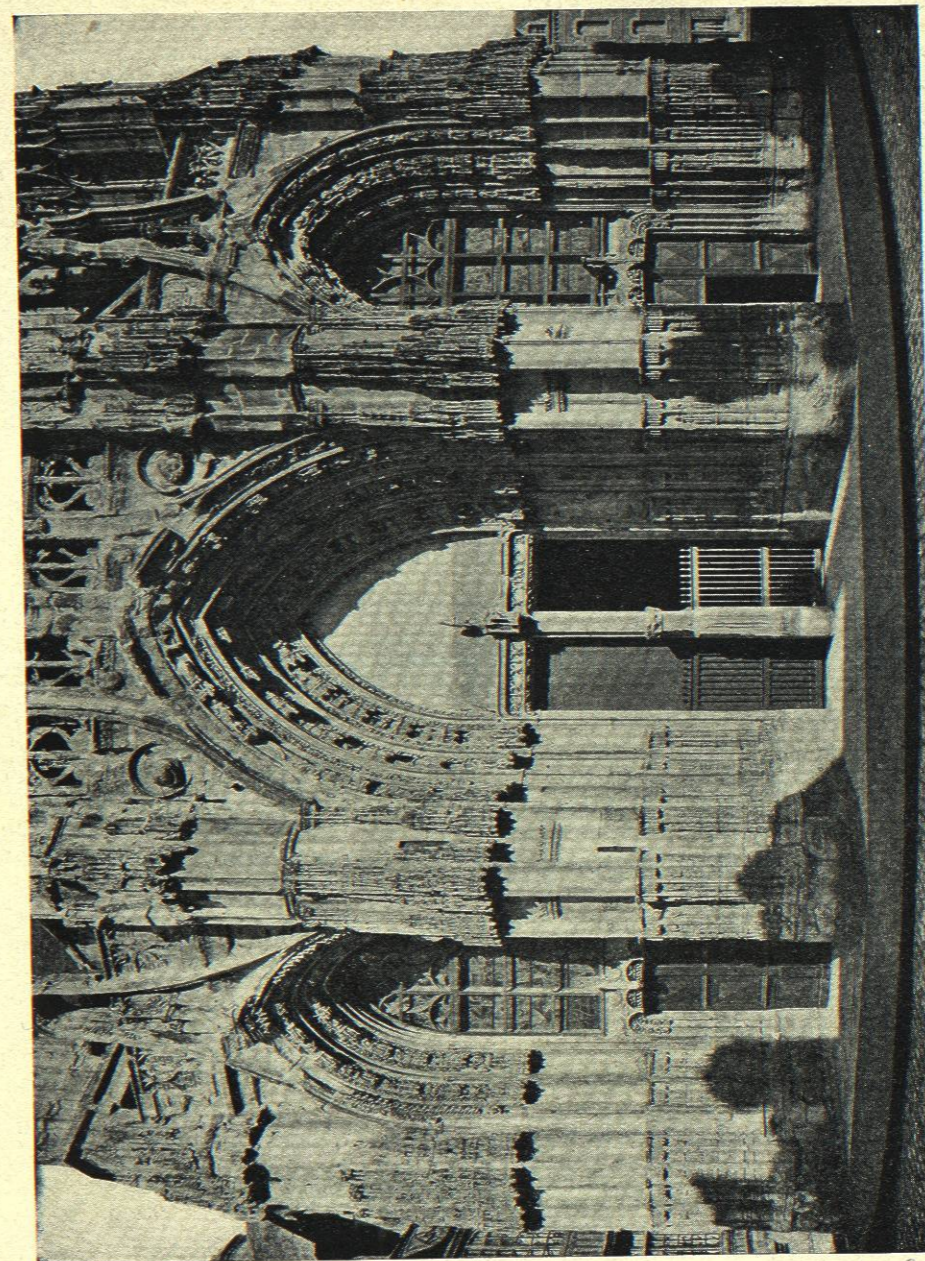
En sus estudios históricos sobre la Edad Media en Inglaterra, Denton trata de calcular el movimiento de población después de Guillermo el Conquistador, del cual resulta que parece que hubo progreso positivo, aunque lento, durante el período normando hasta después de la muerte de Eduardo I. A la mitad del siglo XIV la población inglesa debía ser de unos cuatro millones, pero la guerra de Cien años, la lucha continua sobre la marca de Escocia, la miseria y la peste causaron nueva soledad, y el número de habitantes descendió probablemente bajo el nivel indicado por los registros del Domesday-book<sup>2</sup>.

El retroceso de civilización que se produjo durante los dos siglos de asesinatos, de miseria y de despoblación fué tan considerable, que los objetos de comodidad y de lujo empleados en la época normanda fueron completamente olvidados, hasta el punto que los pares de Inglaterra volvieron á comer cogiendo la comida con los dedos, y cuando reaparecieron los tenedores en las mesas, en el reinado de Isabel, se habló de esos instrumentos como de un verdadero descubrimiento<sup>3</sup>. Sin embargo, hacia el final del siglo X, un teólogo eminente refiere con horror que la hermana de un emperador de Oriente, casada con el hijo de un dux de Venecia, empleaba unas pequeñas horquillas para llevarse los alimentos á la boca: ¡lujo insensato que pronto atrajo la cólera celeste sobre la tierra, puesto que murieron de la peste algunos años después!

<sup>1</sup> W. Denton, *England in the fifteenth Century*, ps. 97, 105.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 128, 129.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 51.



Cl. Kühn, edit.

ESTILO BRILLANTE

IGLESIA DE CAUDEBEC EN CAUX, CONSTRUÍDA DE 1426 Á 1515



El bandidaje había llegado á ser la gran industria de los campos. El peligro de los ataques á mano armada había hecho votar una ley (1285) por la cual los señores, los municipios y otros propietarios quedaban obligados á derribar y destruir todos los cercados, malezäs y bosques, hasta doscientos pies de distancia, de cada lado de los caminos que conducían de un lugar de mercado á otro. El propietario de los terrenos que atravesaban los caminos era considerado como responsable de todo crimen de violencia cometido en el sitio donde se hubiera descuidado el trabajo de limpieza ribereña<sup>1</sup>.

Las condiciones de la propiedad de la tierra habían cambiado y la situación del pobre pueblo empeoraba. El capricho y la avidez de los señores no dejaban á los campesinos más que la rutina de su cultivo, hallándose todo sujeto á regla en el trabajo agrícola: una parte de la tierra estaba dividida en pequeños lotes, con su habitación familiar cada una, bien limitada por un cercado de madera ó de seto vivo, el *ton* ó *tun*, origen primitivo de tantos *towns* ó ciudades<sup>2</sup>; una segunda parte de la tierra se sometía también al cultivo, pero no en provecho de determinadas familias, sino que la labor se hacía en ella en beneficio colectivo de la comunidad. Ese campo estaba formado en arriates de una longitud uniforme, medida que los agrimensores y dibujantes de planos usan todavía en Inglaterra, el *furlong*<sup>3</sup>, y cada uno de ellos estaba separado de los otros por un espacio inculto, cubierto de césped ó de maleza donde pudieran cobijarse las liebres. Todos los arriates de un mismo grupo estaban labrados por el mismo arado y la cosecha se hacía al mismo tiempo para que la tierra quedase en pasto común desde el 1.º de Agosto (*Lammasday*) hasta la Candelaria, á principios de Febrero.

El «señor del feudo» miraba con avidez esos cultivos que pertenecían al municipio, del que podía creerse su representante, y, por una consecuencia natural, el verdadero dueño; pero la ambición por excelencia del noble consistía en apoderarse de los bosques, de los pastos y de las turberas que constituían desde los

<sup>1</sup> W. Denton, *England in the fifteenth Century*, p. 171.

<sup>2</sup> Emile de Laveleye, *Revue des Deux Mondes*, 15 Julio 1870.

<sup>3</sup> *Furrow long*, «longitud de surco», ó sea 220 yardas ó 660 pies (201 metros): es la octava parte de la milla de tierra, *English* ó *Statute mile*.